

por que les fué posible, se quedaron profundamente dormidos.

¡Qué bello es el candor de la inosencia y como se conoce hasta por estas pequeñas muestras de las que solo en circunstancias asi fijamos nuestra atencion, la paz de la conciencia tranquila y pura!

La providencia que sabe ostentarse liberal y pródiga sobre todo el que en Ella confía, hizo que Doña Leonor y su hermano no fuesen abandonados en su oscuro escondite, sino que descubiertos, se les pudieran proporcionar todo género de auxilios para librarlos del peligro en que se hallaba su salud, por haber pasado asi la noche á la intempérie y con la ropa enteramente mojada, puesto que el agua habia continuado con igual fuerza.

Se encontraba en aquella época en Guatemala un noble caballero de ilustre sangre, como que era de la casa de Medellin, y habia venido con D. Pedro de Alvarado; fué electo Regidor de la ciudad desde el dia en que se formó el Ayuntamiento. Este jóven tenia por nombre D. Pedro Portocarrero, y el Adelantado habia recibido tantas pruebas de su valor é ilustracion, que despues

de haber servido alternativamente de Alcalde y de Regidor, el año de 1526 ántes de salir D. Pedro de Alvarado para México, le nombró Alcalde y Teniente de Gobernador y Capitan General.

Al valor y pericia militar de este cáballero, dice Juarros, se debió la conquista de Guazacapan, y de otros pueblos de la costa del mar del Sur: este esforzado Capitan subyugó á los indios del señorío de Sacatepeques que se habian alzado, y tuvo el lustre deprehender y vencer á los Reyes Sinacan y Siquechul que estaban sublevados, dando en esta como en muchas otras ocasiones, pruebas muy reconocidas de su valor militar.

Como tan inmediato al Adelantado conocia perfectamente á su familia; y aunque no hubiese tenido mucha ocasion de tratarla por hallarse continuamente ocupado fuera de la Capital, sin embargo no por eso dejaba de contarse en el número de los buenos amigos del Adelantado y su familia. Los niños le conocian bien, y amenudo cuando mas pequeños, se habia entretenido acariciandolos ó jugando con ellos.

Aquel dia, como uno de los mas esforzados caballeros, D. Pedro Portocarrero que habia salido

do igualmente de la catástrofe, lo primero de que trató fué de buscar á sus amigos la esposa y familia del adelantado, y con este objeto se dirigió al palacio. Allí se presentó á su vista el triste espectáculo de encontrar los restos ó mejor diremos, el cuerpo muerto ya de Doña Beatriz de la Cueva, y pidiendo informe de los niños al no encontrarlos, no faltó quien le diera noticia de que los habian visto salir del palacio juntos, y que apesar de lo fuerte de las aguas y tambien de los temblores, se encaminaban lo mas apresuradamente que en aquellas circunstancias era posible al despoblado.

El corazon del buen español latió violentamente dentro del pecho: "¡Entónces se han salvado!" exclamó, y con nuevo valor y entusiasmo se dirigió en su busca.

Un guerrero como Portocarrero ayesado á los trances dificiles y á los muchos azares que presentan las batallas sobre todo cuando estas se hacen por conquistas, no tuvo temor de ningun género en emprender la árdua tarea de buscar á los hijos del Adelantado, prestando al menos este servicio al recuerdo de los que tanto habia estimado.

No nos detendremos en describir con que valor Portocarrero se metia entre las ruinas y en los sitios mas peligrosos, reconociendo los cadáveres para ver si entre ellos se hallaban los niños: empezaba ya la desconfianza, esa amiga íntima de la dificultad á entrar en su corazon, cuando llegó justamente al lugar en que Doña Leonor y su hermano se encontraban. Portocarrero vió al llegar por esa parte fuera de la ciudad, un monton de árboles asinados los unos sobre los otros, y entre ellos descubrió una tina (llamada en Guatemala *antesa*), por minuciosidad, y aunque en ese lugar poca esperanza le cupiera de hallar algo, se dirigió al sitio espresado, y subiendo sobre los árboles llegó hasta la tina; cual no fué su asombro y contento al descubrir en ella á los niños tiernamente abrazados como buenos hermanos, y aun que enteramente mojada toda su ropa, profundamente dormidos. Portocarrero los contempló un instante en silencio, y sintió impreciones tan extrañas al fijar sus miradas en Doña Leonor, que se propusó interiormente hacer á aquella tierna jovencita, la compañera de su vida.

Ya con este interés que duplica al esmero y los cuidados, D. Pedro hubiese querido tomar

sobre sus hombros la tina para llevar así á los niños, sin molestarlos y sin interrumpir su sueño; pero por mas que fuera un apuesto guerrero no habria tenido fuerzas para tanto, puesto que como lo hemos dicho ya, los niños no eran unas creaturas sino que se encontraban en plena adolescencia, al menos Doña Leonor.

Portocarrero pensó llamar algunas personas para que los llevaran, y sin duda lo hubiera hecho, si los niños cuyo sueño no podia ser muy largo puesto que tan incómodos se hallaban, no hubieran comenzado á moverse.

D. Pedro se postró cerca de la tina para percibir el menor movimiento, cuando Doña Leonor despertando fijó en él sus bellisimos ojos, y susemblante se animó con la espresion mas bien marcada del regocijo.

—¡Despierta hermano mio, despierta, murmuró llena de gozo, ya tenemos á nuestro lado al noble Portocarrero nuestro fiel amigo, el distinguido por nuestros padres y el que será nuestro protector!

El niño despertó en efecto al acento de su hermana é incorporandose simultaneamente con todo el candor de la inocencia se arrojaron en los brazos de Portocarrero que intimamente conmovido no podia pronunciar ni una palabra.

Mas haciendo un esfuerzo supremo preguntó

á los niños como se habian salvado, y estos le hicieron una relacion minuciosa de lo que ya sabe el lector, por lo que omitimos repetirla.

Despues de esto Portocarrero tomó en sus brazos á Doña Leonor que aunque se resistia algo, sinembargo viendo lo imposible que le era el poder caminar sobre los escombros no pudo menos que consentir en ello.

El niño tampoco podia seguir al héroe, de manera que apenas se encontró este con algunas personas ofreció una buena propina al que tomara en los brazos al hermano de Doña Leonor y así llegaron al fin á la casa de D. Pedro, pues sabiendo este que el cuerpo de Doña Beatriz se hallaba espuesto en el palacio no quiso llevar allí á los niños.

Cuando estuvieron en la casa les hizo tomar un buen alimento del que ya necesitaban, y despues él mismo se dirigió al palacio, sacó una completa muda de ropa y habiéndola traído hizo que cuanto antes dejasen el traje mojado que tenían.

¿Quién puede dudar que lo primero que los niños preguntaron fué por su pobre madre?..... Portocarrero guardó silencio..... hay respuestas tan terribles que preferimos antes de proferirlas que sean interpretadas por nuestro silencio.

—¡Mi madre ha muerto! exclamó entonces Doña Leonor, arrojando un grito que demostraba todo el dolor de su alma..... ¡Madre mia! exclamaba el niño observando con ternura á su hermana.

—¡Somos huérfanos desgraciados en el mundo! decía Doña Leonor: en un instante hemos perdido el mayor de los tesoros; un padre que nos amaba con ternura, y una madre que con delirio nos amaba!

—¡No yo no quiero vivir despues de esto! decía el niño, yo quiero seguir al sepulcro á mis buenos padres.

—¡Quiero ver por última vez á mi madre, D. Pedro, exclamó Doña Leonor con una resolucion extraña.

Portocarrero comprendió que sería la mayor imprudencia que presenciara el estado en que se hallaba, y manifestádoselo así quiso disuadirla.

—¡Quiero verla, continuó diciendo la jóven! ¡quiero no separarme de ella ni un minuto mientras esté á nuestro lado!

Portocarrero hizo aun algunos esfuerzos para

disuadir á los niños pero fué todo inútil, vió la resolucion firme que especialmente Doña Leonor se formará, y entonces él mismo prefirió llevarles y acompañarlos.

En el salon principal del palacio, que en otra parte llamamos del Trono; se hallaba espuesto el cuerpo enteramente desfigurado de Doña Beatriz: el salon guardaba el mas riguroso duelo, como que ella misma lo habia puesto así desde la noche del fallecimiento de su esposo: los principales del gobierno velaban al lado de Doña Beatriz con aquella severidad imponente de una ceremonia de este género, algunos soldados con el fusil á la funerala en señal de duelo ocupaban la puerta y varios puntos del corredor.

Cuando los niños entraron sería imposible describir lo que pasó.....

Ambos se precipitaron sobre esos restos desfigurados y llorando á torrentes abrazando aquel cuerpo frio llenándolo de besos; sin respeto ninguno por la autoridad y por la serie del personal que acompañaba á la Ex-Gobernadora exalando verdaderos gemidos de desesperacion capaces de comover hasta al mas insensible, le decian: ¡Despierta por Dios madre querida, vuelve en tí

y mira á tus infelices hijos!..... ¡Por compasion no nos abandones!..... ¡no nos dejes enteramente huéfanos y solos en el mundo..... acabamos de perder al Adelantado nuestro padre que nos amaba tanto, y ¡tu tambien quieres dejarnos solos!..... ¡Oh no, por compasion!..... ¡Vuelve en tí madre idolatrada!..... Vedla Señores; talvez no ha muerto aun.

¡Dios misericordioso has que viva!.....

Era tan terrible contemplar este cuadro, que los que estaban de asistencia no pudiendo resistirlo se salieron apesar de lo serio de la ceremonia, y los niños hubieran espirado allí por la vehemencia del dolor, si todos á una no hubiesen pedido se les arrancase á la fuerza del lado del cadáver, como en efecto se hizo.

Despues de este espectáculo quedó en el alma de Doña Leonor sobre todo, un pesar tan grande y profundo que se le vió separarse eternamente de la sociedad, no queriendo ver ni tratar á nadie.

Solo una persona tenia audiencia en su presencia, siendo esta D. Pedro Portocarrero. Con él pasaba la jovencita largas horas hablando de sus desgraciados padres, y encontraba todo su consuelo en estos íntimos coloquios.

Como el gobierno tuvo que pasar á otras manos, los niños que llamaremos ya jóvenes (pues-

to que así era en efecto,) vivian solos en una de las mejores casas de la ciudad, y como sus padres les habian dejado una buena herencia, con ella tenian para pasar una vida cómoda y sin trabajar en este sentido.

El amor de Portocarrero por D. Leonor iba diariamente en aumento, pero el carácter serio y sumamente digno de la jóven le hacia guardar un silencio profundo, temiendo que el dia que hablara fuese el último en que admitido fuera á presencia de su jóven amiga. Sinembargo él sufría cruelmente en silencio, y D. Leonor que comprendia perfectamente la causa de su sufrimientos, no quiso por mas tiempo prolongarlo.

—Un dia despues de las saluciones de costumbre le dijo: D. Pedro tengo que hablaros largo ¿podreis dedicarme todo el tiempo que para ello se requiera?

—Si Doña Leonor, con el mayor gusto diga Vd. todo lo que desea.

Entonces la jóven entró con él en una larga y sucinta relacion de como al contemplar el cadáver de su madre, y al ser presa su corazon de los terribles sufrimientos que experimentó desde la muerte de su padre, y muy especialmente en el

terromoto, habia resuelto interiormente con una firmeza que el tiempo lejos de disminuir habia aumentado, el consagrar á Dios su vida en la soledad del claustro para emplearla dignamente en su servicios puesto que es tan dudoso el último instante, y de el depende nada menos que toda una eternidad.

Las palabras de Doña Leonor fueron para D. Pedro una cruel puñalada que destruía sus mas risueñas esperanzas..... Sinembargo ni aun en aquellos momentos el héroe habló..... Hizo sí á D.^{ca} Leonor algunas explicaciones para hacerle comprender el rigor de la vida que pretendia abrazar por si ignoraban las leyes; mas ella le manifestó que llevaba ya algunos años de tratar intimamente á las buenas religiosas y que nada ignoraba.

Le recomendó mucho por último á su hermano, y pocos dias despues entró al claustro.

Se apoderó entónces de Portocarrero una tristeza tal, que tan solo esperó que se efectuase el matrimonio del hermano de Doña Leonor que muy pronto tuvo lugar, para abandonar aquel suelo donde tantos laureles habian coronado sus cienes, y que sinembargo coronaba en recompensa de espinas su corazon.

Antes de partir esperó sinembargo el ver si Doña Leonor profesaba; supo en efecto el dia que esta ceremonia iba á tener lugar y no pudo menos que ocultarse entre la multitud para asistir á ella. Mas cuando el acto hubo concluido y vió á la jóven muerta enteramente para el mundo, salió del templo apresuradamente, y sin detenerse se embarcó para España, donde vivió oculto y en una vida triste y retirada.

Poco despues el temor á las continuas alarmas que el volcan daba, hizo que se fundase la nueva capital de Guatemala en el sitio en que hoy se encuentra.

¿Pero qué viajero podrá dejar de visitar la Antigua con sus interesantes ruinas para recordar en ella la terrible catástrofe?

Hay puntos históricos que nadie ignora, y dejan una huella profunda en el corazon, y este tiene sin duda un lugar especial entre los habitantes del Nuevo Mundo.